

de gestión ante el ejecutivo nacional?, ¿qué rol jugaban las corporaciones en los territorios?, por mencionar algunos de ellos.

Martín Sebastián Bergia y Florencia Azul Prina
Universidad Nacional de La Pampa, Argentina
Instituto de Estudios Socio Históricos

La opción por los pobres en la era de la globalización,
Juan Diego Ortiz

¿Cuál es la diferencia entre un “pobretólogo” y un optador por los pobres? Esta es la pregunta subyacente en el libro de Juan Diego Ortiz, *La opción por los pobres en la era de la globalización*. La racionalidad abstracta característica del univocismo moderno, ha trascendido hacia realidades fundamentales que tocan a la humanidad en su dimensión más concreta, y la cuestión de la pobreza no ha sido una excepción. De ahí la gran relevancia de la obra en cuestión para la realidad sociopolítica postmoderna, en un mundo caracterizado por la escisión entre el Norte y el Sur, no sólo a nivel planetario sino también en México, país que precisa reflexiones de esta índole para repensar el sesgo liberal que ha predominado en la visión sobre el desarrollo sociopolítico y económico.

El libro cuenta con diversos ejes de análisis, entre los cuales destaca una perspectiva inductiva de la Teología, que se muestra más capaz de atender a la problemática de los pobres con la metodología dirigida a Ver, Juzgar y Actuar. Asimismo, cuenta con interesantes argumentos filosóficos y políticos que permiten comprender la génesis y evolución del sistema global, con una clara postura de rechazo al “pensamiento único”, esa frase acuñada por Ramonet para referirse al neoliberalismo.

El autor realiza una profunda revisión sobre los autores e ideologías que han dado origen al orden económico contemporáneo, como Adam Smith, David Ricardo, al mismo Keynes que proponía una regulación del Estado para garantizar el bienestar social. En este mismo sentido, también profundiza sobre el fenómeno de la globalización económica desarrollado en un marco ideológico liberal, que ha propiciado la concentración del capital en grupos de poder que controlan las decisiones mundiales.

Cuando se refiere concretamente al neoliberalismo contemporáneo, Juan Diego Ortiz hace alusión a dos ideólogos que considera fundamentales: Fredrick Hayek y Milton Friedman. El primero, Nobel de Economía en 1974 que ejerció una fuerte influencia en los gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher; mientras que el segundo fue consejero de la Reserva Federal en los Estados Unidos y del Presidente Nixon. En éstos, y en otros autores liberales citados por el autor, se encuentra una fehaciente defensa del derecho absoluto a la libertad individual, aunque podemos encontrar otros elementos vinculados con la promoción de la economía clásica, como el derecho de cada uno para perseguir los propios intereses, la aversión a los colectivismos, la libertad económica como requisito para la libertad política¹, la disminución de la intervención del Estado en la economía, dada la confianza en la existencia de la famosa “mano invisible.”

Se considera al Estado ineficiente y a la sociedad civil como una realidad irrelevante para el desarrollo (“menos Estado en la economía”), con lo cual se da paso a la confianza absoluta en pequeños grupos privados que concentran el poder económico, y que por ende, se convierten en los principales actores sociales.

El énfasis en la autonomía absoluta ha sido una de las grandes falacias del liberalismo, ya que mientras afirma que la libertad económica es el elemento esencial en la evolución social, también se reconoce que ésta “sólo puede ser alcanzada por una minoría de individuos emprendedores y arriesgados”, según señala el autor citando a Friedman. A estos elementos del neoliberalismo, que subraya Ortiz, también se añade la Economía Clásica, en la que el mercado y el desarrollo industrial no han podido volcarse hacia el desarrollo social concreto para todos. También se evidencia el corte progresista del discurso que pretende un desarrollo de la “humanidad” en abstracto, que ha dado la espalda a la “persona real”. Era irremediable entonces que el énfasis en el derecho absoluto de la libertad individual desembocara en individualismo, y por esta razón existe en la obra de Juan Diego Ortiz un apartado titulado “De la libertad al individualismo”.

El autor señala que cuando se habla del derecho a la libertad de hacer negocios sin considerar el derecho a la igualdad, aparece necesariamente un “escenario en desequilibrio”, que no permite la promoción social de las responsabilidades sociales y fomenta un individualismo desenfrenado en busca del poder económico

¹ Al respecto, se hace especial alusión a la agenda neoliberal del Consenso de Washington.

y político. Así, cita a Pablo Guerra y Gabriel Berg, promotores del comunitarismo que indican la debilidad del liberalismo por su incapacidad para asumir “otras” concepciones éticas que han incluido otros valores que determinan el accionar humano, como la importancia de la relación con los demás.

El comunitarismo subraya que el proyecto del “yo” no puede constituirse y desarrollarse a espaldas de un contexto incluyente con los “otros” y el “nosotros,” en ámbitos socioculturales e históricos que precisan una sólida noción de pertenencia. Ortiz Acosta subraya de esta corriente su cercanía con doctrinas que reivindican la “nostridad,” la “alteridad” y la “solidaridad,” como elementos que anteceden al afán de lucro y riqueza material en la construcción de las civilizaciones, tal como subrayan los estudios antropológicos e históricos.

Parafraseando a Pérez Adán, Ortiz considera que la ruptura de los vínculos sociales propicia la atomización social, a tal grado que puede llegar al extremo de la insolidaridad. En este sentido, se comprende a la sociedad como un grupo de gente sin comprensión de sí mismas como un conjunto. La libertad autárquica y antisocial desemboca entonces en el quiebre moral de la sociedad, carente de seguridades colectivas. Así se ha potenciado una concepción de la persona como ser que busca el lucro y su bienestar al margen de los demás, lo cual es contrario a la condición social de ser humano.

Por eso denuncia que se ha intentado borrar todo vestigio de pertenencia social y comunitaria, de cooperación, solidaridad y creación de proyectos comunes, para dar paso al egoísmo y la concentración del poder. La sociedad se concibe como un conglomerado de individuos aislados, que pueden alcanzar sus metas y ser exitosos sólo a través de la competencia. La libertad de hacer negocios es el eje ideológico dominante sobre el que se han diseñado las políticas internacionales, con productos como el Consenso de Washington, también conocido como la Agenda Neoliberal y cuyas políticas económicas dieron origen a las famosas reformas estructurales de la globalización.

Ante la proliferación de políticas que promueven la consolidación del “pensamiento único”, Juan Diego Ortiz hace referencia a aquellos movimientos eminentemente postmodernos, que han expresado esas “otras voces” que claman no sólo por una racionalidad económica alternativa, sino por “otra” cosmovisión que reconozca al “nosotros” como una dimensión fundamental de toda existencia humana. Cita como ejemplos a la Teología de la Liberación, al Movimiento Altermundista, al Comunitarismo, a Joseph Stiglitz y a otros referentes más.

Hoy el “yo” solipsista e individualista que ha sido exaltado por la Modernidad ilustrada, ha mostrado su verdadero rostro: el de la insolidaridad, la exclusión y la fragmentación. Este es el tiempo del nuevo tiempo, como diría Octavio Paz, y la obra de Ortiz está llamada a convertirse en un referente para la consolidación de un auténtico desarrollo humano en este mundo nuestro que hasta ahora no ha sido capaz de dar sentido a la “autonomía”, a través del reconocimiento de la coexistencia. La insolidaria globalización abstracta sólo ha favorecido a quienes ostentan el poder, con racionalidad dominiocéntrica que precisa ser superada por movimientos alternativos como los que cita el autor. Este tiempo exige una lucha universal y concreta a la vez, para erradicar la desigualdad y la pobreza estructural que ha convertido al mundo en un “saqueo global”, más que en una “aldea global”.

México ha sido según Ortiz, el mejor ejemplo de la exclusión que puede ocasionar el sistema hegemónico contemporáneo. Haciendo una revisión del proceso de liberación económica en nuestro país desde 1980, ofrece una serie de datos sobre la incapacidad de estos modelos para superar la exclusión que ha aparecido paralelamente a los procesos de “modernización.” Subraya la desventaja de los mexicanos para la competencia, la baja autoestima, la desnutrición, enfermedad y bajo nivel educativo del pueblo, y la herencia generacional que prolonga la pobreza de generación en generación. Para él, es patente una crisis global de los derechos humanos, de ahí que dedica un capítulo a esta cuestión que debe ser “repensada” para promover la verdadera solidaridad planetaria.

Por otra parte, el capítulo 4 es la oportunidad para reflexionar sobre las diferencias entre el “pobretólogo” y la auténtica actitud de compromiso con los pobres. Comienza su análisis explicando la etiología del concepto “Opción por los pobres” (OP), haciendo un recorrido desde el Concilio Vaticano II, hasta las Conferencias del Episcopado Latinoamericano, desde Medellín hasta Puebla. También explica la génesis y desarrollo de la Teología de la Liberación, cuya doctrina se funda sobre la *centralidad del pobre*, cuyos elementos fundamentales son: *identificación* (ir a la periferia y salir al encuentro del otro), *asunción consciente* y *activa* de la causa de los pobres, lo que significa solidaridad activa con las luchas y prácticas populares, defensa de los derechos de los pobres, y rechazo incondicional de la injusticia.

En su propuesta de tránsito “de la doctrina a los hechos”, sugiere un cambio en los comportamientos y la conciencia de las personas, grupos y naciones:

es preciso dotar al modelo de globalización de un marco ético que detenga los enormes desequilibrios que existen en nuestro mundo. Por este motivo, decide dedicar un considerable apartado a las reflexiones que quedaron plasmadas en la Declaración de una Ética Mundial, promovida por Küng y el Parlamento de las Religiones del Mundo.

La presente obra es una evidencia más de la toma de conciencia sobre los efectos del univocismo de la primera modernidad, que ha exaltado un modelo antropológico fragmentario, fundado en el basamento de la autonomía y la libertad económica absoluta, sin referencia alguna a esas “otras” dimensiones de la realidad humana y del desarrollo sociopolítico, como son la coexistencia, la pertenencia al pueblo y los vínculos intersubjetivos capaces de encauzar las acciones del “yo” y del “nosotros” hacia la corresponsabilidad en la consolidación del mundo. Esta tarea sólo puede ser posible si somos conscientes de que la exclusión social en la que viven millones de conciudadanos mexicanos es una responsabilidad nuestra, de todos.

Esos rostros que anhelan una esperanza que no defraude, nos recuerdan que la existencia de los excluidos evidencia la incapacidad de los incluidos para promover a la humanidad en su plenitud. Es preciso que la globalización sea encauzada desde la universalidad abstracta hacia la universalidad concreta, en la que no sólo se cambien las estructuras sino también la acción personal y comunitaria, con una racionalidad fundada en la fraternidad.

Concluimos esta reseña citando al autor de *La opción por los pobres en la era de la globalización*, quien afirma con gran sabiduría que “el cambio de mentalidad también representa la *conversión del corazón*. Si no humanizamos las relaciones entre las personas, entre los grupos y las naciones, seguiremos viviendo en un mundo *desbocado* donde los pobres seguirán siendo los principales perdedores de la historia humana.”

Alicia Ocampo Jiménez
Profesora investigadora